

# La palabra casa tiene dos techos

Huimos de la ciudad. Hoy vivimos en una casita en la montaña. La hicimos toda con nuestras manos. regresamos a lo elemental, a iluminarnos por la luz del sol, de la luna y de las estrellas. En las mañanas no usamos zapatos, es mágico poder siempre tocar el pasto con la planta de los pies. El sol atraviesa las montañas a las ocho. Antes hay luz y una bruma gris que viste el portal del monte. Hay una parte del potrero que es amarilla, quemada por ser nuestro baño. Cuando el sol golpea el valle se abren los dientes de león. Hay mariposas que entran en la casa y se posan en nuestros dedos. Nuestros perros vienen y van. Por las tardes nos visita un colibrí mientras almorzamos. Respirar en verde es más llenador. La casa es amarilla y está torcida. El sol de la tarde hace que la madera cruja y la sala se caliente, lista para recibir la noche. Cuando llega el atardecer el cielo se pinta de rosado y la montaña vibra naranja. Ya no se ve el sol. Salen las sombras silentes de la luna. Las noches llegan frías pero la cama siempre está caliente, llena de nosotros y de los perros. Antes de dormir se escuchan zarigüeyas caminando por el techo. Vuelve a amanecer. Vimos día a día en un rito.

Tejer es un acto evocativo. Las abuelas y las mujeres al tejer buscan traer al presente alguien que no está o que aún no ha llegado. Le tejen un saquito al nieto no nacido para adelantar el tiempo y casi que llegar al futuro cuando el bebé ya lo tiene puesto. Sentarse a tejer congela el presente, es un rito al ahora que siempre sueña con el futuro. Tejer es entonces una manera no destructiva de habitar. El humano suele habitar a un ritmo poco consciente del lugar en donde está: con afán del futuro, del ascenso. Al tejer no hay afán, se habita con la calma y con la escucha del presente, sabiendo que el futuro y el culmine de una pieza sólo llegará con la sabiduría del ser paciente. Eso es habitar un lugar amablemente. Tejer es crear un vacío que será llenado por un cuerpo. Tejer es evocar la ausencia de algo o de alguien soñando, con su propia llegada. El tejer una casa y la sensación que vive dentro de ella, viene directamente desde el útero: me permite cargar mi casa, el vientre donde me guardo y me acurruco como un pájaro en su nido, a cualquier lugar. Tejer me permite guardar mi casa en una maleta y viajar acompañadas. Tejer también es una travesía hacia el sueño de algo que todavía no existe, es un viaje a la ausencia de un lugar que aún no tiene mi casa: un baño. Aunque también tengo un baño que es un potrero.

Tejer trae la transparencia de una ventana. Hay varios tipos de ventanas, no todas las ventanas deberían ser iguales. Las ventanas son los ojos de una casa con los que puede mirar hacia afuera o con los que podemos mirar hacia adentro. En mi casa las que miran hacia afuera ven: un jardín con pensamientos, montaña y el potrero que es un baño. Las que miran hacia adentro llegan a lo profundo de una casa, a lo que no se ve: a la madre loba, al acurrucamiento intenso y a los pájaros que todos llevamos dentro. Tejer otra vez se convierte en la herramienta para transportar las ventanas de mi casa a otros lugares.

El acto de tejer es habitar el cuerpo, habitar la casa, habitar el mundo. La cerámica es tierra, es barro. La tierra negra también la puedo cargar, puede viajar y así llevar territorio de un lugar a otro. Sumergir y plantar los pies en esta tierra, al cerrar los ojos, me hace sentir en casa. Una gran matera transporta terreno de la casa a un piso ajeno que en su imaginario siempre cargará sus huellas.

La tierra y la lana conversan a través de una flor que carga en su nombre mis Pensamientos sobre ser habitante de mi propio cuerpo, de mi casa y de la tierra.